

A medida que se fué acercando el día de obrar se volvió el presidente más reservado; no emprendió viajes y las revistas pasaron sin manifestaciones. La ausencia del presidente del ministerio, Faucher, que había pasado á Londres para ver la exposición universal, y quizás también el temor de verse adelantado por los orleanistas, impulsaban á Napoleón á dar el golpe, porque en un nota del año 1858 refiere lord Palmerston que los príncipes de Joinville y Aumale estaban á punto de ponerse á la cabeza de un pronunciamiento en Lila cuando Napoleón dió el golpe de Estado. El 3 de diciembre escribió el mismo Palmerston á Normanby, embajador inglés en París, por supuesto ignorando lo ocurrido allí el día anterior: «La duquesa de Orleans espera ser llamada con su hijo esta semana á París para abrir allí un nuevo período de la dinastía de Orleans (1).»

En el conciliábulo del presidente y de sus privados fué designado el 17 de setiembre para la ejecución del proyecto, que era muy sencillo y se reducía á prender á los individuos de la comisión permanente, publicar las proclamas redactadas por Rouher é impresas desde hacía tiempo, y declarar el estado de sitio en París y otras grandes ciudades; pero Saint-Arnaud creyó que sería mejor aguardar hasta que volviese á funcionar la asamblea legislativa para evitar que los representantes de la nación dispersados en los departamentos organizaran allí una resistencia terrible y dieran lugar á una guerra civil. Como además era necesario otro ministro de la Guerra que se prestara á la iniquidad que se iba á cometer, se aplazó la ejecución y se convino en ejecutar entretanto otra maniobra conducente al mismo objeto.

Con sorpresa de todo el mundo empezó súbitamente el periódico *Le Constitutionnel*, el porta-voz principal del presidente, una campaña enérgica contra la ley del 31 de mayo que cercenaba en una cuarta parte el derecho electoral. Los ministros, desconcertados por este cambio, preguntaron al jefe del Estado lo que significaba, y contestándoles Napoleón lacónicamente que se proponía en efecto pedir á la asamblea la anulación de aquella ley, presentaron todos en 27 de octubre de 1851 su dimisión. El nuevo gabinete que se encargó del gobierno se compuso de nombres desconocidos, y parecía llamado con el solo fin de constituir un ministerio para que pudiera haber un ministro de la Guerra y que este fuese el general Saint-Arnaud.

El 4 de noviembre volvió la asamblea á sus tareas, y el presidente propuso en su discurso de reapertura la derogación de la ley de 31 de mayo, fundándose en que con ella la asamblea se arrogaba indirectamente el privilegio exclusivo de elegir el presidente de la república, falseando así el espíritu de la constitución, y de la misma manera quedaría en manos de la asamblea el decidir ó no la revisión de la constitución, que tan manifestamente deseaba el país. En efecto, decía el discurso, disminuyendo la citada ley el número de electores en una cuarta parte, eliminaba cabalmente al pueblo bajo. Además, como la constitución exigía que en las elecciones del presidente de la república el candidato reuniera por lo menos dos millones de votos, ó sea una quinta parte aproximadamente de todo el cuerpo electoral, resultaba con la ley cercenadora del derecho electoral que el candidato para ser admitido debía reunir para los dos millones de votos, no ya la quinta sino la cuarta parte de todos ellos; y como en caso de no reunir ningún candidato el minimum de dos millones de votos, la constitución trasladaba á la asamblea el derecho de elegir el presidente, resultaba que la asamblea, según todas las probabilidades, gozaría exclusivamente de este derecho.

(1) Ashley, tomo I, págs. 287 á 289.

Este discurso introdujo una nueva división en la asamblea; la derecha resolvió mantener la ley, pero sesenta y seis diputados de la izquierda votaron en contra, y si bien la derecha obtuvo una mayoría de siete votos, no era esto suficiente para dar á la ley el sello de verdadera autoridad. Con esto había conseguido Napoleón lo que había dicho á aquella amiga suya, á saber, empujar á la asamblea á la sima en la cual se había de despeñar, y cortar al mismo tiempo la cuerda que le ataba á ella.

Tan inminente creyó la asamblea el golpe de Estado, que hecha la votación quedaron unos cien diputados en sesión permanente toda la noche, mientras Thiers patrulló con otros diputados, reconociendo los alrededores del palacio del príncipe-presidente y el de Borbon, donde la asamblea celebraba sus sesiones.

En la del 7 de noviembre presentaron los tres cuestores la proposición siguiente: «El presidente de la asamblea nacional queda encargado de velar por la seguridad interior y exterior de la asamblea. En nombre de esta ejercerá el derecho que la constitución le dá de fijar la fuerza armada necesaria para su seguridad; de requerir el auxilio de esta fuerza, de nombrar sus jefes y disponer de ella; igualmente ejercerá el de requerir el auxilio de todas las demás autoridades cuando lo juzgue necesario, y todos los oficiales y autoridades obedecerán á su requerimiento bajo las penas correspondientes en caso de inobediencia. Esta ley se comunicará al ejército en la orden del día y se fijará en todos los cuarteles.» Era evidente la amenaza para el presidente y sus ministros que encerraba esta proposición, en cuyo fondo se vislumbraba el propósito de formar contra el primero una acusación en toda regla á la primera tentativa de salirse de la ley. Las grandes atribuciones que la proposición daba al presidente de la asamblea no permitían dudar de que existía la intención de dar este puesto á un hombre de mucha energía, como por ejemplo á Changarnier, que confiaría el mando de las tropas requeridas á jefes de toda su confianza. Saint-Arnaud, como ministro de la Guerra, enumeró los defectos de la proposición, que la hacían inaceptable; se opuso igualmente al derecho de requerimiento directo, porque destruiría la unidad de dirección y la disciplina y sería una usurpación de la prerogativa del poder ejecutivo.

Divorciados los dos poderes supremos del país, estaban á punto de venir ambos á las manos dentro del terreno legal de la constitución; pero al poder legislativo le faltaba la fuerza material, que el ejecutivo tenía ya preparada y dispuesta. El gobierno, en efecto, había reunido en París los regimientos más adictos y puesto á su cabeza á los jefes de más confianza. Los soldados estaban excitados al saber que se les quería poner á la disposición de *abogados*; los oficiales hicieron el día 9 de noviembre una manifestación yendo en número de seiscientos al palacio del príncipe para presentarle sus respetos, y este les dijo sin rodeos que pronto quizás tendría necesidad de ellos, añadiendo: «Y si llegare esta ocasión, no haré lo que los gobiernos que me han precedido, sino que diré: ¡Allá voy yo, seguidme!»

El debate sobre la proposición de los cuestores, que se abrió el 17 de noviembre, aumentó la confusión que ya reinaba en la asamblea; la izquierda acusó á la derecha, es decir, á los monárquicos, diciendo que la proposición era simplemente una estratagema para poder disponer de un ejército y de un buen general, encerrar al presidente de la república en Vincennes, poner á los republicanos en calabozos y colocar á su rey en las Tullerías. Inútil fué que la derecha se defendiera; los republicanos gritaban y no dejaron oír siquiera la voz de Thiers. El tumulto se hizo indescriptible cuando el ministro de la Guerra, al preguntarle el general

Bedeau si era verdad que el decreto del 11 de mayo había sido quitado recientemente de los cuarteles, en cuyas cuerdas y salas estaba expuesto por disposición de la asamblea constituyente, contestó con el mayor desdoro y sorna que, en efecto, era verdad.

Changarnier había ya tomado todas las disposiciones necesarias para apoderarse de los ministros y demás conspiradores en la asamblea tan pronto como la célebre proposición de los tres cuestores estuviese aprobada; pero Rouher había sospechado algo de lo que se preparaba, y avisados Saint-Arnaud y Magnan por él, abandonaron el local á toda prisa. Así, pues, todos los partidos trabajaban á favor de un golpe de Estado; pero Napoleón fué el más hábil y el más rápido de todos, y cuando supo que la proposición de los cuestores había sido rechazada por 408 votos contra 300, pudo decir con razón: «¡Quizás sea mejor así!» porque estando él seguro del ejército, y como creía, también del pueblo, podía fijar el día y la hora del golpe á su gusto.

La distribución de los premios concedidos á los expositores franceses en la exposición universal de Londres dió una nueva ocasión al presidente de la república para rebajar á la asamblea legislativa á los ojos de la nación, imputándole ideas demagógicas y desvaríos monárquicos.

El 27 de noviembre reunió Magnan á los veinte generales del ejército de París y les enteró de lo que se tramaba, tomando sobre sí toda la responsabilidad y exigiendo en cambio obediencia ciega, la cual prometieron todos, y lo cumplieron. Para asegurarse de la guardia nacional, los directores de la conspiración pusieron á su cabeza á un jefe de su confianza.

La asamblea, entre tanto, cansada de estar alerta, había recaído en una seguridad engañosa. Un número de diputados, entre ellos muchos legitimistas, creyeron conveniente á sus cálculos hacer un pacto con Napoleón, y enviaron á este al diputado Heeckeren el día 1.º de diciembre, para proponerle en nombre de todos los asociados que pidiera á la asamblea que la revisión de la constitución y la reelección del presidente se votaran simplemente por mayoría de votos y que en caso contrario, la disolviese por la fuerza; en cambio pedían los proponentes la formación de un ministerio con los jefes de la antigua mayoría (1). Napoleón contestó: «Las buenas noticias que Vd. me trae, me placen sobremanera; vuelva Vd. mañana á las diez y hablaremos sobre eso.» Cuando Heeckeren volvió al día siguiente, había concluido todo. El sol de Austerlitz alumbraba la obra inícia consumada.

La noche que precedió al golpe, hubo en el palacio del príncipe la tertulia acostumbrada, á la cual habían sido invitadas todas las celebridades de la asamblea legislativa, de las artes y de las ciencias, que se deleitaron oyendo el oratorio: *El Desierto*, del maestro Feliciano David. El presidente hizo los honores de su casa con una naturalidad tal que el observador más sagaz no habría podido descubrir en su actitud el más insignificante indicio de los pensamientos que entonces le ocupaban. Morny asistió aquella noche á la Ópera Cómica, y contestó riendo á una señora que le preguntó si era verdad que se iba á barrer la cámara: «No sé nada, pero si se trata de barrer, me colocaré del lado del

(1) Los partidarios de Napoleón hicieron correr la voz de que Thiers y Falloux formaban parte de esta nueva conspiración, pero ambos protestaron enérgicamente contra semejante imputación, y á mayor abundamiento, el inspector de policía Claude declaró que cuando fué á avisar á Thiers que se precaviese, le dijo este: «Está dicho, Vd. me pone preso y yo le doy por ello las gracias. ¿Qué otra alternativa nos queda á nosotros, conservadores, sino el ridículo ó la cárcel? No quiero ocultar á Vd. que el príncipe me prestará un gran servicio poniéndome preso.»

mango de la escoba.» A las once, cuando la concurrencia se hubo marchado, se reunieron los conspiradores principales en el gabinete del príncipe, donde se repartieron los papeles para el día siguiente. Hacia las tres de la madrugada hizo llamar Napoleón á Magnan para darle las órdenes necesarias para las tropas, y en la imprenta nacional trabajaron las prensas para aprontar á primera hora los impresos necesarios, siendo guardado el edificio y todos sus accesos por la fuerza armada, á fin de aislarlo completamente del exterior.

El golpe mismo se efectuó con la velocidad del rayo. Cuando París se despertó en la mañana del 2 de diciembre habíanse cumplido todas las órdenes; se habían hecho las setenta y ocho prisiones acordadas, sin faltar ni una, y los designados, entre ellos diez y seis diputados, Thiers, el coronel Charras, los generales Changarnier, Cavaignac, Lamoricière, Bedeau y otros, se hallaban en la cárcel de Mazas, á fin de que los partidos todos, privados de sus jefes, quedasen por lo pronto inutilizados. Morny tomó posesión del ministerio del Interior, y el coronel Espinasse ocupó el palacio de Borbon y se apoderó de los cuestores. Un decreto del presidente, fijado en las paredes del edificio, disponía «en nombre del pueblo francés» la disolución de la asamblea nacional y del consejo de Estado, y el restablecimiento del sufragio universal; prorrogaba las elecciones del 14 al 31 de diciembre, y declaraba en estado de sitio todo el primer distrito militar del país. Otra proclama, después de un preámbulo en el cual Napoleón acusó á la asamblea legislativa de haber excitado á la guerra civil y querido derribar la república, presentó al pueblo francés las bases de una nueva constitución con un jefe responsable y nombrado por diez años; un consejo de Estado para preparar las leyes, un cuerpo legislativo elegido por sufragio universal, y un senado compuesto de todas las celebridades del país; en fin, una copia de la constitución del año 1799. Después decía la proclama que si el presidente no obtuviese la mayoría de votos en la nueva elección, convocaría una nueva asamblea nacional y depondría en sus manos su mandato, y añadía: «Pero si creéis que es vuestra todavía la causa cuyo símbolo es mi nombre, es decir, la Francia regenerada por la revolución de 1789 y reorganizada por el emperador, decidid confirmando los plenos poderes que os pido.» Lo mismo que el partido llamado «la Montaña» en 13 de junio, se arrogó Luis Napoleón el derecho de derribar «en nombre del pueblo» la constitución.

Hacia el mediodía pasó Napoleón revista á las tropas, y como la población le recibiera con actitud fría y un tanto socarrona, regresó pronto á su palacio, de donde no salió en unos cuantos días.

Habíanse reunido unos sesenta representantes del pueblo en casa de Odilon Barrot, donde firmaron una protesta; otros que se habían introducido en la sala de sesiones por una puerta lateral, atendido que el edificio estaba rodeado de fuerza armada, fueron arrojados otra vez de aquel sitio, y entonces unos treinta diputados, pertenecientes en su mayor parte á la derecha, celebraron una sesión en la alcaldía del décimo distrito, y los allí presentes declararon, á propuesta de Berryer, destituido al presidente y nombraron á Oudinot general en jefe del ejército imaginario de la asamblea nacional. También fueron dispersados. En conjunto fueron puestos encarcelados 235 diputados. El mismo tribunal supremo, que conforme á la constitución debía pronunciar la destitución del presidente por haber atentado contra la asamblea nacional, tuvo que separarse antes de haber podido tratar del asunto.

A pesar de todo, algunos diputados de la izquierda consiguieron ponerse á salvo y organizar una junta de resistencia,

y por la mañana del día 3 trabajaron para promover una sublevación armada de los obreros del arrabal de San Antonio. Para animarlos pusieron con sus fajas de diputados frente a las tropas; pero estas no se dejaron imponer por el distintivo de inviolabilidad é hicieron una descarga, que causó la muerte del diputado Baudin. Magnan retiró sus tropas para no diseminarlas y fatigarlas con exceso, retirada que aprovecharon los revolucionarios para levantar por la noche nuevas barricadas, si bien su causa estaba perdida porque se hallaban rodeados, sin jefes, reducidos á un espacio limitado y divididos en muchos grupos aislados. El día 4 avanzaron las tropas desde todos los puntos, sucediendo que en el boulevard Poissonière hicieron fuego durante un cuarto de hora unas secciones contra otras, sin que los oficiales pudiesen hacerles entender la razón. Aquel día tuvo la tropa veintiseis muertos y 184 heridos, y los insurgentes respectivamente 175 y 115.

Al día siguiente fué retirada la tropa y ocupó su puesto la policía, que hizo innumerables prisiones en todas las clases, arbitrariamente y por los motivos mas ténues. Los presos fueron encerrados sin distinción juntamente con criminales y vagabundos en las húmedas casamatas de los fuertes de Ivry y Bicêtre. Thiers, Bedeau, Changarnier, Lamoricière, Leflo, Duvergier, Creton, Baze, Chambolle, Remusat y Lestreteyrie fueron temporalmente desterrados.

Se nombró por el gobierno una *comision consultiva* de doscientos individuos, personas distinguidas, muchas de las cuales protestaron contra su nombramiento; pero se prohibió á los periódicos insertar estas protestas, porque la comision, que solo se reunió una vez para contar los votos del plebiscito, solo tenia por objeto hacer creer al público que las personas que la componian estaban al lado del gobierno y conformes con lo sucedido, á fin de que no se viera la soledad en que se hallaban Napoleon y los suyos. Cuando ya no era cuestionable la victoria, fué otra cosa; no faltaron candidatos para hacer fortuna por este camino.

La victoria material de los conspiradores del 2 de diciembre fué completa; pero la opinion pública se apartó con asco de los medios con que se habia alcanzado, y por lo pronto fué muy de temer que los electores protestasen con sus votos contra semejante brutal atropello. Si el violador perjuró de la constitucion llegó á ser el salvador de la sociedad en peligro, lo debió á las insurrecciones en las provincias y á los socialistas de Paris, que aceleraron la revolucion que no debió estallar hasta mayo, y para la cual tuvieron á la sazón el pretexto de defender la constitucion. Solo 49 departamentos se mantuvieron pacíficos; en cinco hubo algunos desórdenes locales y cortos; en diez y seis hubo sublevaciones, y en doce prevaleció la insurreccion en una ó mas ciudades mas ó menos tiempo, pero sin éxito, porque las autoridades estaban preparadas para todas las contingencias y las sociedades secretas no; y por otra parte, los insurrectos cometieron tantas atrocidades que hasta los mismos amigos de los presos se indignaron y se pasaron con la poblacion neutral al partido del presidente. La nacion colocada entre el socialismo y el César, se decidió por este, porque de dos males era el menor (1) y no habia otra alternativa.

El 31 de diciembre pasó la comision consultiva, presidida por Baroche, al palacio del presidente para presentarle el resultado del plebiscito, verificado en los días 20 y 21 del mismo mes de diciembre. De los ocho millones ciento diez y seis mil setecientos setenta y tres votos depositados en las urnas, siete millones cuatrocientos treinta y nueve mil dos-

(1) Pierre, tomo II, pág. 711.

cientos diez y seis eran afirmativos y seiscientos cuarenta mil setecientos treinta y siete negativos. El arzobispo de Paris, á la cabeza de su clero, presentóse tambien para felicitar al príncipe, asegurándole que todos suplicarian fervientemente á Dios que saliera bien de la elevada mision que se le habia confiado.

La Nemesis inexorable de la historia habia cumplido su mision. La Francia con sus propios pecados habia hecho posible que un puñado de perdidos, sin familia, sin fe y sin conciencia se erigiesen en salvadores de la sociedad y en protectores de la religion. Tan poco habia aprendido la nacion francesa en treinta años de vida constitucional, que la segunda revolucion acabó como la primera, en despotismo; pero este despotismo causó en el fondo del alma del pueblo francés, que lo habia buscado con sus propias faltas, una repugnancia moral instintiva que no pudieron borrar jamás completamente los fastos mas brillantes del segundo imperio.

Metternich sacó de estos sucesos la conviccion de que la forma de gobierno de Francia era la *monárquica intermitente*.

CAPITULO III

CONCLUSION

Impetuosa por cierto habia sido la arremetida de la revolucion en el año 1848, y no obstante en los tres años siguientes quedó vencida en toda la Europa, y el camino que habia abierto al pueblo alemán para conquistar su unidad se torció gradualmente hasta que, completamente desfigurado, pasó por debajo del arco triunfal de la reaccion y del particularismo íntimamente fusionados. Despues de esta primera participacion de los alemanes en la vida política les acometió súbitamente el hastío, despues del cansancio, y finalmente recayeron en su secular indiferencia. Los príncipes y los hombres de Estado se avergonzaron de haber tenido simpatías por la unidad alemana, y los contados partidarios de esta que quedaron enmudecieron. Habia sucedido lo que el consorte de la reina de Inglaterra habia predicho mucho antes, á saber, que el único lazo que al fin y al cabo quedaria en Alemania seria el tradicional que une á los súbditos con las dinastías legítimas de los respectivos territorios. El mentor de este príncipe, el práctico Stockmar, se convenció de que los patriotas alemanes tendrian que contentarse por lo pronto con una union de la Alemania del Norte bajo la égida de la Prusia; de que por la via pacífica la Alemania nunca se regeneraria, y de que ya nada habia que esperar de Federico Guillermo IV para el bien de Alemania (1).

Casi en todos los Estados alemanes los gobiernos borrarón las últimas huellas de la revolucion. El golpe de Estado del 3 de junio de 1850 reinstaló en lugar del parlamento la representacion de los antiguos brazos. En Meklemburgo fué anulada la constitucion jurada por el gran duque y restablecido el régimen feudal en toda su dureza en virtud de un fallo de tribunal en 11 de setiembre de 1850; en Hanover la nobleza recobró sus antiguos derechos bajo el reinado de Jorge V, sucesor ciego del rey Ernesto Augusto, en 18 de noviembre de 1851, y en Wurtemberg fué restablecida la constitucion anterior.

En Prusia no fueron los ministros del gabinete absolutista Brandeburgo-Manteuffel los que patrocinaron la reaccion ciega, sino que fueron la camarilla, la nobleza, la oficialidad del ejército, el clero ortodoxo protestante, todos los absolutistas rabiosos, en una palabra, que alentaban al rey en sus

(1) Véanse sus Memorias, pág. 41.

ideales anticuados. Aquel ministerio, aunque nada liberal, habia puesto en boca del rey el primer discurso del trono constitucional con que este habia abierto las cámaras en 26 de febrero de 1849, y habia abolido la jurisdiccion de los nobles en sus tierras patrimoniales y los fueros judiciales; habia introducido además el jurado y elaborado un proyecto de administracion local, de distrito y provincial. En cambio era obra de la camarilla feudal la ley electoral del 30 de mayo de 1849, que dividia los electores en tres clases segun la contribucion que pagaban, lo cual hizo abstenerse de las elecciones al partido democrático y hasta á una gran parte del constitucional. Esto dió la mayoría en las nuevas cámaras á la derecha, que efectuó á su manera la revision de la constitucion otorgada que estaba encomendada al nuevo parlamento, es decir, en sentido reaccionario, para ahorrar al rey, segun expresion de Stahl, el mas inteligente y mas hábil de los reaccionarios prusianos de entonces, el trabajo desagradable de enmendarla de su propia autoridad. El reducido grupo de los constitucionales luchó con valor pero inútilmente, porque cuando despues de cuatro meses de constantes esfuerzos sus individuos pasaron revista á lo poco que habian conseguido sacar incólume de los debates y ataques de los reaccionarios, vino á sorprenderles un mensaje real proponiendo otras nuevas enmiendas en quince artículos, una de las cuales era la trasformacion de la cámara alta, de electiva en hereditaria y en parte vitalicia. Hecho todo á gusto del gobierno, fué proclamada la nueva constitucion en 30 de enero como ley fundamental del reino, y jurada como tal en 6 de febrero por el rey, el cual expresó la esperanza «de que los parlamentos venideros conseguirian borrar completamente el sello profundo de su origen, de que aun conservaba restos, y adaptarla así mas á las condiciones vitales de la Prusia.» Si la reaccion trabajó para impedir que el rey jurara la constitucion desfigurada, mas trabajó en el interior y desde fuera para derribarla despues; pero como no habia logrado lo primero tampoco logró lo segundo, Federico Guillermo IV resistió á todas las insinuaciones que le hicieron para que cometiese esta felonía, y la causa constitucional quedó ganada, á lo menos en el nombre, ya que no de hecho. El ministro Manteuffel, cuando volvió á saludar á las cámaras en 3 de enero de 1851, dijo: «Hemos llegado á un nuevo período en nuestra política en el cual rompemos completamente con la revolucion.» Una mayoría de seis votos aprobó la política extranjera del ministerio, y los feudales con todos los demás reaccionarios se pusieron al servicio del gobierno para ir cercenando la constitucion hasta no dejar de ella mas que el mero nombre; pero á pesar de esto, tuvo razon Beckerath cuando escribió á raíz del acto del juramento del rey: «Ya se acabó el poder absoluto del trono, porque este ha reconocido por juramento solemne la limitacion de su poder dentro de una legalidad determinada y fija, y por lo mismo ha reconocido los derechos del pueblo limitando los del absolutismo; de suerte que el porvenir de nuestra patria queda asegurado, si es que los juramentos se respetan todavía aquí bajo, y si el pueblo entra en el camino que se le abre con union, perseverancia y templanza.»

Un ejemplo del odio feroz que los feudales profesaban á todo lo que no era reaccionario, y de los atropellos escandalosos que cometieron, es la causa criminal que se formó al diputado liberal Waldeck, magistrado del tribunal superior de Berlin, liberal rigorista, hombre de intachable integridad y uno de los mas populares de la capital y mas influyentes en su país, la Westfalia, donde se le llamaba «el rey de los labradores.» Aquella causa resultó ser tan solo una serie de delaciones inicuas y rastreras, y acabó con la absolucion completa del acusado.

La constitucion otorgada á los austriacos por el emperador no vivió tanto como la otorgada por el rey de Prusia. El conde Stadion, el único hombre que tenia el talento, la autoridad, la voluntad y la energía de fundar y sostener un sistema administrativo racional cuando no la constitucion, á despecho de la oposicion de los cortesanos, del alto clero y de la oficialidad del ejército, murió de exceso de trabajo mental en 17 de mayo de 1849, y su sucesor Bach, hasta entonces ministro de Justicia, demócrata al principio de su vida pública pero maestro en el arte de adaptarse á todas las formas de gobierno, no tenia mas ideal político que formar un imperio austriaco unificado bajo la forma monárquica autocrática. Tan absolutista era que Schmerling, su sucesor en el ministerio de Justicia, y Bruck, el ministro de Comercio, no pudieron armonizar con él y dimitieron. De la ley comu-



Waldeck.—Copia de un retrato litográfico hecho por Eichens

nal de Stadion solo quedó la amortizacion de las cargas feudales inherentes á las propiedades inmuebles. El único uso que hizo de la constitucion del 4 de marzo fué la supresion de los fueros y la nivelacion de Hungría con los demás territorios de la monarquía austriaca; la desmembracion de la Croacia, Esclavonia y Transilvania, que fueron separadas de la monarquía húngara, y su trasformacion en provincias dependientes directamente del gobierno de Viena. Las provincias italianas continuaron bajo la administracion militar sencilla y expeditiva de Radetzky. Realizado el desmembramiento de la monarquía húngara y su reduccion á provincia administrativa, el gobierno no volvió á acordarse de la constitucion; el parlamento fué sustituido sencillamente por un consejo imperial presidido por Kübeck, se declaró abolida la responsabilidad de los ministros de la corona, y en 31 de diciembre de 1851 la constitucion misma, incluso los derechos fundamentales y la institucion del jurado; y cuando en 5 de abril siguiente murió súbitamente el príncipe de Schwarzenberg, no habia mas partidos en Austria que el de la administracion civil y el del ejército.

En Alemania llevaba el Austria otra vez la direccion suprema de la política; nadie se le oponia, y teniendo la mayoría de votos en la dieta, hizo ilusoria y puramente teórica la igualdad autoritaria de la Prusia. La restauracion del estado anterior á la revolucion habria sido completa á no ser por el cambio de dos factores, la Prusia, que se habia transformado, siquiera nominalmente, en Estado constitucional, y la con-